

Cada trimestre Paulina iba á Caen para cobrar la renta: partía por la mañana y regresaba por la noche, después de haber agotado una lista de pequeñas compras que ella formaba previamente.

A la sazón, en el trimestre de Junio, se la esperó en vano hasta las nueve para comer, y Chanteau envió á Lázaro á inspeccionar el camino, por temor de un accidente, mientras Verónica repetía, con mucha tranquilidad, que la señorita, retrasada en las compras, se habría decidido á dormir en Caen.

Aquella noche se durmió mal en la casa de Bonnevillle, y en la mañana siguiente, desde el desayuno, volvieron á repetirse los temores de un accidente.

Hacia el mediodía Lázaro se decidía á marchar á Arromanches, cuando Verónica, que estaba de centinela en el camino, apareció gritando:

—¡Aquí está la señorita!

Fué necesario rodar el sillón de Chanteau hasta la terraza, y padre é hijo esperaban, mientras la doméstica daba detalles.

—Es la berlina del tío Malivoire..... He conocido de lejos á la señorita por sus cintas de tul..... Pero, si no me engaño, viene gente con ella.....

En fin, el carruaje paró delante de la puerta.

Acercóse Lázaro, y cuando abrió la boca para interrogar á Paulina, que saltó ligeramente á tierra, quedóse como petrificado: en pos de ella saltaba también otra joven, vestida con un lindo traje de seda color de lila, y las dos se reían alegremente, como buenas amigas.

Fué tan grande su sorpresa, que se volvió hacia su padre, y le dijo:

— Viene con ella Luisa.

—¡Luisa! ¡Ah! ¡Pues ha sido una idea excelente!— gritó el buen Chanteau.

Y cuando las dos jóvenes llegaron juntas ante él, una de luto riguroso y otra con su claro vestido de verano, él exclamó, encantado por las distracciones que preveía:

—Pero ¿qué es esto? ¿Habéis hecho ya las paces?..... Ya sabéis que yo nunca he comprendido..... ¿Eh? ¡Qué mal has procedido, Luisita, guardándonos rencor en los tristes días que hemos pasado! Pero ya se acabó, ¿no es eso?

Las dos muchachas estaban confusas, inmóviles; habíanse ruborizado con las palabras de Lázaro, y evitaban mirarse, y cuando Luisa, para ocultar su turbación, abrazó á Chanteau, éste pidió explicaciones.

— ¿Pero os habéis encontrado?

Entonces Luisa volvi6se hacia su amiga, y mirándola con ternura, dijo:

— Pues Paulina subía á casa de mi padre, justamente cuando yo bajaba. ¡No hay que reñirla por haberse quedado, porque yo he hecho todo lo posible para que se quedase!.... Y como el telégrafo sólo llega á Arromanches, hemos pensado que nosotras estaríamos aquí antes que un despacho.... ¿Me perdónáis?

Y se arrojó al cuello de Chanteau, con igual mimo que otras veces.

Él no preguntó más, porque cuando las cosas van á pedir de boca por sí mismas, salen bien y son buenas.

— ¿Y Lázaro? — añadió de pronto. — ¿No la dices nada?

Hasta entonces el joven permanecía un poco atrás, sonriendo con alguna afectación, y el ap6strofe de su padre acabó de turbarle, y más aún cuando observó que Luisa se ruborizaba, sin dar hacia él un paso.

¿Por qué había venido? ¿por qué su prima traía con ella á su rival, aquella misma á quien tan rudamente arrojó de la casa?

Esto le causaba estupor, y no lo comprendía.

— Bésala, Lázaro, porque ella no se atreve — dijo dulcemente Paulina.

Y ella aparecía más blanca en su traje de luto, aunque con rostro sereno y ojos humildes.

Con su aspecto maternal, aquel aspecto de grave serenidad que ella daba á su semblante en las principales ocupaciones del gobierno de la casa, contemplaba á los dos jóvenes; y se contentó con sonreír cuando Lázaro se decidió á desflorar con sus labios las tersas mejillas de Luisa.

De repente, Verónica, que veía todo eso, retir6se al fondo de su cocina, absolutamente sofocada.

Ella tampoco lo comprendía; después de lo que había pasado, era aquello tener muy pequeño corazón; la señorita hacía cosas imposibles, cuando ella se empeñaba en querer ser buena; no era ya bastante llevar á la casa la chiquillería andrajosa de Bonneville, sino que llevaba también las queridas del señor Lázaro!

Cuando la doméstica se desahogó refunfuñando esas frases al lado del hornillo, volvió á la sala para exclamar en voz alta:

— ¡Ya sabéis que el almuerzo está esperando hace una hora! ¡Las patatas estarán como un carbón!

Se almorzó con buen apetito.

Mas Chanteau era el único que reía francamente, demasiado alegre para observar el malestar persistente de los tres jóvenes: ellos manifestaban una cortesía afectuosa, y guardaban en el fondo de su alma una tristeza inquieta, como después de las querellas en que se perdona, aunque jamás se olviden injurias irreparables.

La tarde se ocupó en preparar la instalación de la recién llegada, que volvió á entrar en su antiguo cuarto del piso primero, y por la noche, si la señora Chanteau hubiese bajado con su paso corto y rápido á sentarse á la mesa, habríase creído que el pasado entero se reproducía.

Y sin embargo, la prevención entre los jóvenes duró todavía una semana.

Lázaro, que no osaba interrogar á Paulina, no se explicaba lo que él consideró como un arrebató de fantasía exaltada, como un golpe de locura, porque el pensamiento de un sacrificio posible, de una elección ofrecida con amplia libertad, no le asaltaba la mente ni por un instante.

Él mismo, en los estragos que los deseos producían en su alma por la ociosidad en que vivía, jamás había pensado en casarse con Luisa.

Así, desde que los tres volvieron á encontrarse frente á frente, resultó una situación falsa en la que todos sufrían: su silencio era en ocasiones molesto, y otras veces ciertas frases quedaban interrumpidas en los labios, para evitar una alusión involuntaria.

Paulina, que no había previsto lo que pasaba, en el heroísmo de su bondad, estaba más obligada á exagerar sus risas para atraer á todos hacia el amistoso abandono de otros tiempos, y sintió profunda alegría cuando observó que Lázaro se animaba.

La presencia de Luisa le había tranquilizado.

El joven huía de encontrarse solo con ella, sublevándose ante el pensamiento de que pudiera hacer traición á la confianza de su prima, y presa de febril ternura, proclamaba á Paulina como la mejor de las mujeres, una verdadera santa, de la que él se declaraba indigno.

Paulina, por otra parte, era feliz con su victoria cuando veía á Lázaro tan poco amable con Luisa y turbado en su presencia.

Al terminar la primer semana, ella dirigió algunas reconvenciones al joven.

—¿Por qué te marchas en cuanto me ves con

Luisa?... Eso no está bien, y me causa pesar. Ella no ha venido para que le pongamos mala cara.

Lázaro evitó responder, y sólo hizo un gesto vago que nada significaba.

—Si yo la he traído— continuó Paulina— es para que sepas que desde hace largo tiempo teniais ambos mi perdón.... He procurado borrar aquel penoso ensueño, y ya no me queda nada de él.... ¡Ya ves tú! No tengo miedo por mi confianza en vosotros.

Y Lázaro, conmovido, la tomó en sus brazos, estrechándola fuertemente.

Luego, cuando se desvaneció su emoción, hizo promesa de ser amable con la otra.

Desde entonces pasaron los días en intimidad encantadora, y Lázaro no se fastidiaba.

En lugar de subir á su cuarto y encerrarse allí en salvaje anhelo de soledad, el joven inventaba juegos y proponía paseos de los que se regresaba con embriaguez de aire libre y puro.

Y así fué que, insensiblemente, Luisa volvió á apoderarse de él por completo.

Lázaro comenzó por atreverse á ofrecerla el brazo, y se dejó penetrar del perfume embriagador que hasta el más pequeño cabo de sus encajes exhalaba.

Luchó al principio, quiso alejarse al sentir que la embriaguez subía; pero su misma prima le instaba á ayudar á la joven por los ásperos acantilados, ó cuando tenían que saltar un arroyo, y ella saltaba gallardamente como un hombre, mientras la otra, con un tenue grito de alondra herida, se dejaba caer en brazos del joven.

Luego, á la vuelta, él la sostenía, y sus risas comprimidas, sus cuchicheos al oído se reanudaban.

Nada de esto inquietaba todavía á Paulina; ella conservaba su actitud bizarra, sin comprender acaso que jugaba su dicha, á menos que no estuviera cansada y sintiese necesidad de ser socorrida.

¡El olor sano de sus brazos de ama de gobierno á buen seguro que no turbaba á nadie!

¡Con qué especie de temeridad sonriente obligaba á Lázaro á ocuparse continuamente en su amiga, como para mostrarle su absoluta confianza!

Pero ni el uno ni la otra la hubieran engañado.

Si Lázaro se dejaba caer en las redes, resistía siempre, hacía en seguida un esfuerzo para salir, y se mostraba más cariñoso con ella; sentía en aquel juego una sorpresa de su carne, á la cual cedía deliciosamente; juraba, empero, que todo se detendría entonces en el terreno de las risas permitidas. ¿Por

qué rechazar esa alegría, estando resuelto á cumplir su deber de hombre honrado?

Luisa tenía más escrúpulos que el joven.

No se acusaba de coquetería, porque era naturalmente halagadora, y se manifestaba así, tal vez no sabiéndolo, en un gesto, en un aliento; pero no hubiera pronunciado una sola palabra, ni dado un paso más, creyendo que podía ser desagradable á Paulina.

El perdón del pasado la enternecía hasta el llanto, y quería probarla que era digna de ella, que la había consagrado una de esas adoraciones exuberantes de mujer que se traducen en juramentos, en besos, en toda suerte de frivolidades apasionadas.

También la vigilaba ella sin cesar, para acudir en socorro suyo, si la veía la menor sombra en la frente: de pronto dejaba el brazo de Lázaro para tomar el de ella, incomodándose por ser abandonada de nuevo, y procuraba distraerla, no la dejaba, afectaba aún malquistarse con el joven.

Nunca había parecido tan encantadora como en aquella emoción continua, en la necesidad de agradar que la arrebatava y en seguida la desolaba, llenando la casa á todas horas con el torbellino de sus énaguas y con su languidez mimosa de joven astuta.

Mas poco á poco Paulina volvió á caer en sus torturas antiguas, y su esperanza, su triunfo de un instante aumentaba la crueldad de aquéllas.

Ya no eran sacudidas violentas, crisis celosas que la acometían por una hora en otros tiempos: era un desquiciamiento invencible; era como una masa enorme que caía sobre ella y cuyo peso la aplastaba más cada minuto.

En verdad que no tenía que hacerles reconvección alguna, porque los dos la colmaban de atenciones, los dos luchaban contra la atracción que les arrojaba al uno en brazos de la otra; mas precisamente Paulina sufría por esas mismas atenciones, y comenzaba á ver claro desde que ellos se entendían para librarla del dolor de sus amores.

La piedad de los dos amantes era insoportable para ella: ¿no estaban embelesados en sus votos, en sus cuchicheos rápidos cuando les dejaba reunidos, y luego, en presentándose ella, reinaba silencio brusco, y Luisa la llenaba de besos violentos y Lázaro la expresaba humildad afectuosa?

Ella les hubiera preferido culpables á que la hicieran traición á hurtadillas.

Porque tales precauciones de honestidad, tal compensación de caricias, que todo lo decían, dejábanla

desarmada, sin voluntad ni energía para reconquistar su bien perdido. El día en que trajo á su rival tenía en el alma el pensamiento de luchar con ella si fuera necesario; pero ¿qué hacer contra unos niños que tienen pena de amarse?

Ella lo había querido, porque pudo haberse casado con Lázaro sin inquietarse con la idea de que pudiera haberle forzado á darla su mano; pero ahora, la idea de disponer así de él, de exigirle el cumplimiento de una promesa que sin duda deploraba, causábala repulsión y amargura.

¡No! ¡Ella moriría si él amaba á otra!

Entonces fué la época de los más crueles sufrimientos de Paulina, y no obstante, con su valor sencillo, era como la madre del pequeño mundo en que vivía: cuidaba de Chanteau, que iba peor cada día; suplía muchas veces á Verónica, y trataba á Lázaro y Luisa como niños turbulentos, para sonreír ante ellos por sus escapatorias.... riendo más que los dos jóvenes, con la risa franca y sonora que expresa la salud y el valor de la vida.

De la mañana á la noche exageraba su actividad, rehusando con frecuencia acompañar á los muchachos en sus paseos, con el pretexto de una limpieza general de la casa ó de una gran lejía.

Pero Lázaro era entonces el más ruidoso, el más expansivo; su fastidio había desaparecido por completo; silbaba en la escalera, y decía que los días eran demasiado cortos.

Y no hacía nada, porque la nueva pasión que le había invadido parecía ocuparle más allá de su tiempo y de sus fuerzas....

¡Otra vez conquistaría el mundo!

Porque todos los días, en la hora de la comida, formaba nuevos y extraordinarios proyectos para el porvenir: ya no le gustaba la literatura, y confesaba que no se presentaría á los exámenes necesarios para ingresar en el profesorado, aunque largo tiempo había permanecido encerrado en su cuarto con tal pretexto, y tan desalentado, que no abría un libro.

¿Pero no era un estúpido sólo por haber pensado atarse las manos en el profesorado, para luego escribir romances y novelas?

¡De ninguna manera! ¡nada mejor que la política!

Y su plan estaba bien trazado: conocía un poco al diputado por Caen, le acompañaría á París en calidad de secretario particular, y allí, en pocos meses, haría su carrera, porque el Imperio tenía necesidad de jóvenes inteligentes.

Cuando Paulina, inquieta con aquel galope de ideas y palabras, intentaba calmarle, aconsejándole un empleo modesto y seguro, él la recriminaba por su prudencia, y la llamaba *abuela* con acento de mofa; y el ruido volvía á empezar, y la casa resonaba con alegría demasiado estrepitosa que denunciaba una miseria oculta.

Un día en que Lázaro y Luisa habían ido solos á Verchemont, Paulina, teniendo necesidad de una receta para abrillantar el terciopelo, subió á registrar el armario de su primo, donde creía haberla visto, sobre un pedazo de papel, entre dos hojas de un libro.

Y allí, al lado de unos folletos, encontró el viejo guante de su amiga, aquel guante olvidado en cuyo olor él se embriagaba con tanta frecuencia hasta una especie de alucinación carnal.

Aquel hallazgo fué para la joven como un rayo de luz: reconoció el objeto que Lázaro escondió con tanta precipitación la noche en que ella subía repentinamente para decirle que bajase á comer.

Y cayó en una silla, anonadada por tal revelación.

¡Dios mío! ¡Él amaba ya á aquella muchacha antes de que ésta volviera á entrar en la casa! ¡Él vivía

con ella! ¡Él había llevado á sus labios aquel pedazo de piel que guardaba algo de su olor!

Y fuertes sollozos sacudieron su corazón, mientras sus ojos, anegados en lágrimas, contemplaban el guante, que ella conservaba entre sus manos trémulas.

—Y bien, señorita, ¿la habéis encontrado?— preguntó en la escalera la recia voz de Verónica, que subía.—Me parece que la mejor receta es frotarle con una corteza raída de tocino.

Y entró.

Al principio no pudo comprender lo que ocurría, viéndola deshecha en lágrimas y con los dedos crispados sobre el viejo guante; mas pronto olfateó el cuarto, y adivinó el motivo de tanta desesperación.

—¡Demonio!— exclamó con la brutalidad que manifestaba en ocasiones.—¡Ya debíais esperar lo que sucede! ¡Yo os lo había prevenido! Vos misma los habéis reunido y ellos.... se divierten.... Y además, puede que la señora tuviera razón; es decir, que esa muñeca le caliente más que vos....

Y meneó la cabeza, añadiendo en voz sombría, como si hablase con ella á solas:

—¡Ah! ¡La señora veía claro, á pesar de sus defec-

tos! ¡Lo que es yo no puedo tragar eso de que haya muerto!

Por la noche, en su cuarto, luego que cerró la puerta y puso la palmatoria en la cómoda, Paulina se sentó en el borde de su cama, diciéndose que ella debía hacer lo posible para casar á Lázaro y Luisa. En todo el día, sintiendo zumbidos sordos que la rompían el cráneo, había podido formular un pensamiento preciso; y en aquella hora de la noche, cuando podía sufrir sin testigos, dedujo tal consecuencia como lógica é inevitable.

Sí, era menester casarlos: esto resonaba en el interior de su conciencia como una orden, como voz de razón y de justicia que no podía hacer que enmudeciese.

Por un momento, ella, tan valerosa, volvióse asustada, creyendo oír la voz de su tía, que la imponía la obediencia; y entonces, aunque estaba vestida, cayó sobre el lecho y hundió la cabeza en los almohadones para sofocar sus gemidos.

¡Oh! ¡Entregarle á otra! ¡Verle en los brazos de otra, y para siempre, y sin esperanza de recobrarle!

No, ella no tendría valor para tanto sacrificio; ella quería mejor continuar viviendo aquella vida

miserable; nadie le obtendría, ni ella misma, ni la otra, y él se consumiría en larga espera.

No tardó en caer en desfallecimiento grandísimo, porque su carne estaba aniquilada.

Entonces se echó en la cama, no teniendo fuerzas para desnudarse, y razonó largamente: intentó demostrarse que Luisa haría más por la felicidad de Lázaro que ella misma.

¿No le había sacado de su fastidio sombrío con las caricias de amante?

Indudablemente él necesitaba una mujer así, colgada siempre de su cuello, haciendo huir con sus besos las ideas tétricas, los terrores de la muerte.

Y Paulina se encontraba, comparándose con la otra, demasiado fría, sin amorosa gracia de mujer, no teniendo sino la bondad, y ésta no significa nada para los jóvenes.

Otra consideración la impresionó más todavía; ella estaba arruinada, y los proyectos de porvenir que formaba su primo, aquellos proyectos que tanto la inquietaban, exigían mucho dinero.

¿Podía ella imponerle la estrechez en que vivía la familia, la medianía que tanto le repugnaba?

Esta existencia sería terrible, de continuos dolores, de amarguras y querellas por las ambiciones perdidas.

Ella le aportaría todos los rencores de la pobreza, mientras Luisa, que era rica, le abriría las grandes situaciones que él soñaba; asegurábase que el padre de la joven tenía reservada á su yerno una buena plaza, un puesto acaso en la Banca; y aunque Lázaro afectaba desdeñar á los hombres de negocios financieros, las cosas se arreglarían á satisfacción de ambos.

No podía vacilar más, y aun sospechaba que cometería una acción villana si no casaba á los dos jóvenes: este matrimonio se le representaba en su insomnio como desenlace natural y necesario que debía apresurar, so pena de perder su propia estimación.

La noche entera se pasó en medio de tal lucha.

Al rayar el alba, Paulina se desnudó: estaba ya tranquila, y disfrutó en el lecho de profundo reposo, aunque sin dormir un instante; jamás se había sentido tan ligera, tan desprendida de sus sentimientos; todo concluía; acababa de cortar los lazos de su egoísmo, y no esperaba en nada ni en nadie; tenía, en suma, el placer sutil y delicado del sacrificio.

El orgullo de su abnegación se desvanecía, y aceptaba que los suyos fuesen dichosos aunque ella fuera desgraciada. ¡Esto era el grado supremo en el amor al prójimo!

Desaparecer uno mismo; darlo todo, sin creer que se da bastante; amar hasta el punto de alegrarse de una felicidad que no se logra y que no se tendrá nunca.....

El sol resplandecía en el espacio cuando Paulina se durmió con profundo sueño.

\*  
\*  
\*

Aquel día bajó muy tarde al comedor.

Al despertar había tenido la satisfacción de coordinar sus resoluciones de la noche anterior, claras y firmes, y en seguida se apercibió de que se olvidaba de ella misma, de la situación que iba á tener en lo sucesivo; porque si tenía valor para casar á Lázaro y Luisa, ¡jamás le tendría para vivir con ellos!

La abnegación no pasa de ciertos límites, y ella temía también la vuelta de sus violencias, una escena cruel en la que sería víctima.

Además, ¿no hacía ya bastante? ¿Quién hubiera tenido la crueldad de imponerla aquella tortura inútil?

Su resolución fué tomada en el acto, irrevocablemente.

Dejaría para siempre la casa, llena de tantos recuerdos; era su vida que cambiaba en absoluto, y no retrocedía, y llevaba hasta el fin el sacrificio.

En el almuerzo mostró la tranquila alegría que nunca la abandonaba.

La vista de Lázaro y Luisa, cuchicheando y riendo, la dejó valiente y serena, sin otra debilidad que gran frío en el corazón.....

Luego, como era sábado, imaginó animarlos á los dos á dar un largo paseo, á fin de estar sola cuando llegara el Dr. Cazenove.

Efectivamente, ellos partieron, y Paulina tuvo la precaución de ir á esperar al doctor en el camino.

El médico, en viéndola, quiso que subiera á su cabriolé para regresar á su casa; mas ella le rogó que, por el contrario, se apease, para regresar despacio á pie, mientras Martín conducía delante el carruaje desocupado.

Y Paulina, en breves palabras, desahogó su corazón: todo se lo dijo; su proyecto de dar Lázaro á Luisa, y su voluntad de dejar la casa, porque esta confesión le parecía necesaria.

Cazenove se detuvo súbitamente en medio del camino, y la cogió entre sus brazos largos y delgados; temblaba de emoción, y la dió un fuerte beso en los cabellos.

—Tienes razón, hija mía..... y ¿qué quieres? me alegro infinito, porque esto podría acabar mucho

peor. Hace meses que me atormenta esa idea, y yo estaba enfermo de pena cuando iba á vuestra casa, y adivinaba que eras desgraciada..... ¡Ah! ¡te ha desvalijado hermosamente esa buena familia! Primero, el oro; después, el corazón.....

La joven quiso interrumpirle.

—Amigo mío, yo os suplico..... ¡Los juzgáis mal!

—¿Mal? posible será, pero esto no impide que me regocije por tí. ¡Vaya, vaya! Da tu Lázaro, y cree que no haces á la otra un lindo presente..... ¡Oh! sin duda que es joven muy gallardo y lleno de las mejores intenciones; pero..... la verdad es que prefiero que la otra sea desgraciada con él, y no tú..... Estos haraganes, á quien la vida fastidia, son cargas muy pesadas de llevar, hasta para espaldas más recias que las tuyas. ¡Mejor te desearía yo un mozo leñador, sí, un leñador, que esté alegre de la mañana á la noche, y ría hasta ahuecarse las mejillas!

Luego, viendo las lágrimas que subían á los ojos de Paulina, añadió con voz acariciadora:

—¡Bueno, bueno! ¡Ya sé que le amas! ¡No hablemos de eso!..... ¡Ea! bésame otra vez, hija mía, que eres muy valiente para tener tanta razón de sobra..... ¡Y el imbécil que no comprende!.....